



Conversión o decadencia (EWTN 13)

¿Cuál es la frase que más ha condicionado la historia de la humanidad? Algunos dirían ha sido la frase de la revolución marxista: «Proletarios del mundo, uníos». Otros, los liberales, dirían: «Laissez faire, laissez passer», de la filosofía ilustrada. ¿Cuál ha sido la frase que ha movido el mundo? Yo diría que es otra: «Pecadores del mundo, convertíos». Creo que la llamada de Jesucristo a la conversión es la frase que verdaderamente ha cambiado la historia de la humanidad. Te invito a reflexionar sobre la llamada a la conversión.

Conversión o decadencia es el título que hemos buscado para esta charla. En realidad, no hay punto medio. Alguno diría: «Bueno, ¿no puedo yo elegir un punto medio? Yo no quiero ser decadente, pero tampoco quiero convertirme. Yo quisiera tener una vida que quedase en el punto medio». Y lo cierto es que tal punto medio no existe. Es como cuando alguien anda en una bicicleta y necesariamente debe de hacerlo en una dirección o en su contraria, pero es imposible que se quede quieto sin dar pedales mucho tiempo sin poner el pie en el suelo. Nuestra vida es un camino, un camino que está hecho para avanzar, y nadie nace siendo cristiano. Todos necesitamos oír, escuchar, revisar, rectificar, cambiar de perspectiva, de comportamiento, es decir, convertirnos y convirtiéndonos buscando una plenitud que todavía no hemos alcanzado.

Y vamos a decir que aquí también nos encontramos, como en otros temas, pues encontramos una percepción un poco de rechazo de entrada. La palabra conversión, la llamada a la conversión, nos es un tanto antipática. ¿Por qué tengo que cambiar yo? ¿Por qué no puedo quedarme en el lugar en el que estoy? De hecho, la Nueva Era, esa nueva religiosidad que en este momento se va introduciendo bajo esa perspectiva de la Nueva Era, se caracteriza por acercarse a la espiritualidad bajo un cultivo o una búsqueda de una paz interior, una relajación interior, sin que exija un cambio real de vida. La Nueva Era se caracteriza por ser una especie de religiosidad de consumo, de búsqueda de un bienestar interior sin necesidad de un cambio en el compromiso de vida.

El Evangelio obviamente nos plantea otra cosa. Encontrarse con Dios no únicamente es buscar la paz interior. Encontrarse con Dios ciertamente supone una paz y una alegría y un cambio de horizonte en la vida. Ese Zaqueo que se encontró con Jesucristo, que se quedó maravillado por Él, ese Zaqueo que fue a su casa y tuvo a Jesús como invitado, que escuchó lo que Jesús le predicaba y que llegado un momento se puso de pie y manifestó su deseo de cambiar radicalmente su vida, pudo llamar la atención a propios y extraños. No me extrañaría que la mujer de Zaqueo, cuando vio que su marido se había puesto de pie y había dicho: «La mitad de mis bienes se la doy a los pobres», pues quizás aquella mujer le dijo: «¿Pero a dónde vas tú? Si no te ha dicho nada, si no te ha dicho que eres un ladrón, si no te ha reprochado que tengas dinero. ¿Por qué le das la mitad de los bienes a los pobres?». Y seguro

que Zaqueo le hubiese respondido: «Ya sé, si ya sé que no me ha reprochado nada. Me ha hablado de la parábola del Reino, pero yo al conocer a Jesús, al escucharle, he entendido que tenía que cambiar de vida». La conversión es, pues, la consecuencia lógica de haberse encontrado con Jesucristo no es meramente un moralismo. Si alguien piensa que la conversión es un moralismo, se equivoca. La conversión solo es posible por la Gracia de haberse encontrado con Jesucristo. Nadie puede cambiar la vida por un precepto moral. La vida solamente puede cambiar cuando ha habido una Gracia en un encuentro que posibilita ese horizonte nuevo en nuestra existencia.

Por lo tanto, la llamada a la conversión no es moralismo. Se convierte alguien que ha hecho ejercicios espirituales, por ejemplo, y que en los ejercicios espirituales se ha encontrado con Jesucristo, y entonces, ¿cómo Zaqueo, sabe que su vida tiene que cambiar?. Pero igual que la conversión no es un falso moralismo, tampoco la conversión puede ser un falso misticismo, porque existen falsos misticismos como esos de la Nueva Era a los cuales me he referido anteriormente: un deseo de recurrir a la espiritualidad para buscar una paz interior sin compromiso de cambio de vida. ¿Qué es la conversión? La conversión es redescubrir nuestra vocación a la santidad, a buscar la voluntad de Dios, es decir que la voluntad de Dios coincide plenamente con nuestra felicidad. ¿Es difícil la santidad, es difícil la conversión? No, no es difícil, pero sí es un camino largo. Si alguien piensa que la conversión la va a hacer puntualmente y va a quedar concluida, se equivoca. Decía el Papa Francisco que él asocia la santidad a la paciencia. Para poder alcanzar la santidad, para poder alcanzar el camino de conversión a la santidad, hay que ser paciente. Vence el que persevera. La perseverancia es clave en el camino hacia la conversión.

Hay dos caminos para la santidad, dos caminos: uno es el de la inocencia y otro es el de la penitencia. El de la inocencia obviamente es el camino de María, y también nosotros en muchos aspectos de nuestra vida hemos sido preservados del pecado sin mérito alguno de nuestra parte, pero a nosotros, globalmente hablando, por lo menos se nos escapó el camino de la inocencia y tenemos que el de la penitencia, que está ligado a la conversión, para poder alcanzar esa santidad a la que Dios nos llama.

Hay, digamos, una clave, una clave determinante para poder buscar ese camino de la conversión: cómo hacer frente a la tentación. La tentación existe, la vida es una gran batalla, la vida cristiana es milicia. Y como los ejercicios espirituales de San Ignacio subrayan, en esta batalla hay dos banderas: la bandera de Cristo y la bandera del mundo. El tentador existe. Es imposible poder afrontar una batalla si no tenemos conciencia de contra quién estamos luchando. No conviene equivocarse de enemigo. A veces, por no tomar en cuenta la existencia de Satanás y de sus ángeles, no tomamos conciencia de contra quién estamos luchando. La mayor tentación a veces es la de demonizar al prójimo. Cuando uno no sabe, cuando uno no conoce la existencia de Satanás, con frecuencia demoniza al prójimo, ve en el otro el principio del mal, y no es así. El prójimo con el que tantos problemas tenemos es también víctima del mal, es víctima del tentador. No nos equivoquemos de enemigo: nuestro enemigo es Satanás y sus ángeles.

Hay dos caminos o campos principales en la tentación: una es la presunción y otra es la desesperación. La presunción es la tentación del hombre que tiende a la pretensión de no necesitar de nadie para alcanzar la cumbre de su vida o para hacer el bien. Es el hombre que se piensa que puede auto realizarse, que se cree re autosuficiente. Pretender ser Dios, saberlo todo, tenerlo todo, ser autosuficiente, es la tentación de la presunción. Pero, por el contrario, también existe la tentación de la desesperación. Dice de ella nuestro Papa Francisco: existe la grave tentación de considerar imposible la santidad, pretender que nosotros estemos irremediabilmente arrastrados por el

pecado. Es la desesperación, es la tentación de creer que las dificultades son todopoderosas; es confesar en un Dios todopoderoso, creer que las dificultades son destructoras de cielo y tierra. Ni presunción ni desesperación, sino confianza en la Misericordia y confianza en el camino de la conversión.

¿Cuáles son las estrategias de Satanás en su camino de tentación y cuáles son las estrategias de Jesucristo en su camino de conversión? Las estrategias de Satanás son, en primer lugar, hacernos creer que no existe, como he dicho anteriormente. También otra estrategia de Satanás muy frecuente, muy recurrente, suele ser la de hacernos confundir lo normal y lo corriente. A Satanás le interesa que confundamos ambos conceptos. Voy a explicarlo: Recuerdo que tuve un profesor de moral en el seminario que nos iluminó de una manera muy gráfica esta distinción: no es lo mismo lo normal y lo corriente. Por ejemplo, en determinados ambientes es muy corriente que los jóvenes fumen marihuana, que beban alcohol, que tengan unos tipos de hábitos de vida destructiva; es muy corriente, pero no es muy normal aunque por ejemplo, en otros ambientes, en otro contexto, es muy normal que en una familia cristiana se rece el rosario, que se viva la eucaristía, pero no es muy corriente. La distinción por lo tanto de lo normal y lo corriente es muy importante en esta vida. Al demonio le interesa que confundamos lo normal y lo corriente, al demonio le interesa que lo corriente sea lo normal, y obviamente no podemos caer en su estrategia. Otra estrategia suya es la del minimalismo, la de que perdamos la perspectiva de buscar la santidad. «¿Puedo hacer esto sin pecar? es esa la pregunta más minimalista.

La pregunta que busca la santidad es muy distinta, es la de decir: «Señor, ¿qué quieres de mí? ¿Qué opción es la que tú prefieres?». En el fondo, la estrategia de Satanás es también la de disfrazar el mal de bien o pretender hacer componendas intermedias, jugar a la mediocridad. Así, por ejemplo, para ese espíritu mundano que Satanás está queriendo introducir, la santidad le parecerá una exageración. No hay que exagerar, hay que tener una moral de prudencia sin exagerar. La moral de heroísmo no es una moral que ponga sus pies en el suelo. Y así, por ejemplo, entre la soberbia y la humildad, el demonio intentará decirnos que busquemos un orgullo digno, un punto intermedio. Entre la avaricia y la generosidad, pues intentará sembrar en nosotros el ideal de una sana ambición. Y entre la lujuria y la castidad, pues igual nos dirá que lo prudente es optar por una naturalidad sensual. Y entre la ira y la paciencia, pues un carácter espontáneo. Y entre la gula y la templanza, pues buscar un gusto propio. Y entre la envidia y la caridad, pues un egoísmo controlado. Y entre la pereza y la diligencia, pues una comodidad moderada. La estrategia del demonio, y la bandera de este mundo es obviamente la mediocridad. Si fuésemos tentados del mal en cuanto mal, difícilmente caeríamos en esa tentación, pero siempre su tentación es introducida mediante ese subterfugio del punto medio.

Sin embargo, las tácticas de Jesucristo, son muy directas y muy sencillas. En el fondo, no hay tácticas: está todo dicho y todo perfectamente mostrado en el Evangelio. Jesús se presenta delante nuestro, no oculta la cruz, nos pide que le sigamos y nos dice si estamos dispuestos a responder a su llamada de amor, si estamos dispuestos a dejar tocar nuestro corazón por su llamada a la conversión.

En realidad, fijaos bien, la conversión es una llamada a vivir en un estado permanente. Se suele distinguir entre dos conversiones: la primera conversión y la segunda conversión. La primera conversión es cuando alguien que estaba alejado de Jesucristo tiene un primer encuentro que de alguna manera le cambia el horizonte de su vida y cambian los parámetros completa y totalmente. Su primera conversión: se ha encontrado con Dios, se ha encontrado con Jesucristo, todo pasa a adquirir un color distinto al que tenía anteriormente. Pero quizás puede cometer el error de pensar que

con esa primera conversión ya ha terminado su vida o el camino de santificación de su vida, y está muy equivocado, porque después de una primera conversión obviamente es necesaria una segunda conversión permanente durante toda su vida. Esa segunda conversión consiste en que ese primer encuentro, en el que uno ha buscado la voluntad de Dios, cuál es el querer de Dios, sea capaz de trasladarlo al día a día de su existencia. Porque a veces, en la primera conversión buscamos el hacer la voluntad de Dios, pero inevitablemente la queremos hacer a nuestra manera, a nuestra forma, a nuestro tiempo, a nuestro modo, por nuestros caminos. Y la segunda conversión es totalmente necesaria. Permitidme que comparta con vosotros un ejemplo concreto de esta primera y segunda conversión.

El ejemplo es el de Ignacio de Loyola, que tuvo su primera conversión en la casa torre de Loyola cuando fue herido por una bala de cañón en la defensa del castillo de Pamplona. Fue convaleciente en la casa torre y allí, en esa convalecencia, tuvo su primera conversión al leer los libros, al leer las vidas de los santos, al leer la vida de Santo Domingo, al leer la vida de San Francisco de Asís. Se dio cuenta de que eso era lo que verdaderamente daba paz y alegría en su corazón; era verdaderamente como el inclinarse la balanza a querer ser de Dios. Y allí Ignacio de Loyola entregó su corazón a Dios, decidió ser de Cristo para siempre. Es de suponer que él pensase que esa era ya la meta de su vida, que había llegado ya a la cumbre de su conversión, pero se equivocaba. Él pensó que, siendo de Cristo, lo que tenía que hacer era pues vivir como Jesucristo había vivido: ir a la Tierra Santa y vivir allí, en Belén, en Jerusalén, en los mismos lugares en los que Jesucristo vivió. Y así él se imaginó la forma en la que Dios le quería, que quería hacerlo santo. Y de esta forma consigue ir a Tierra Santa. En Tierra Santa se llevó la sorpresa de que los franciscanos no le permitieron quedarse y fue expulsado de allí porque había un gran riesgo de que un peregrino quedándose allí como ermitaño en la Tierra Santa pues no fuese más que un problema para la vida de la Iglesia. Pero él volvió diciendo: yo regresaré porque, como mi proyecto de santidad consiste en vivir en Tierra Santa con Jesucristo, en cuanto que pueda regresaré». Reunió los primeros discípulos en torno a él y, cuando ya habían conformado la primera Compañía de Jesús, decidieron ponerse a predicar en torno a Venecia, y pidiendo limosna para poder tomar un barco y marchar a la Tierra Santa, viviendo ya todos juntos, ya no como ermitaño sino formando ya una comunidad en la Tierra Santa. Tuvieron una cautela, la cautela fue la siguiente: en el caso de que, pasado un año entero, no saliese ningún barco desde el puerto de Venecia hacia la Tierra Santa, entonces en ese caso se presentarían delante del Papa y le preguntarían cuál era su voluntad para con ellos. ¿Pues queréis creer que en todo el siglo fue el único año en el que en los anales del puerto de Venecia se puede comprobar que no salió un solo barco para la Tierra Santa? Y ellos, que habían pensado que su conversión tenía que consistir en vivir en Tierra Santa porque en ello se había empeñado San Ignacio, pues tuvieron que cumplir aquella cautela del voto e ir ante el Santo Padre y decirle: «Mire usted, pues aquí nos presentamos porque no ha salido ningún barco a Tierra Santa». Él soñó en Jerusalén, pero despertó en Roma. Y ahí comienza su segunda conversión. Su segunda conversión comienza en buscar la voluntad de Dios no en cómo él la había imaginado, no en cómo él la había soñado. La segunda conversión de nuestra vida, que debe de ser permanente, tiene que consistir en ir descubriendo los caminos que Dios tiene reservados para cada uno de nosotros. La segunda conversión pues es totalmente necesaria, imprescindible para autenticar la primera conversión.

En resumen, un cristiano es aquel que está en tarea permanente de conversión, el que está en batalla, en una batalla continuada, y digamos que no nos da miedo la batalla de la vida. Decía San Pío de Pietrelcina que si se consigue vencer, la tentación, esta produce un efecto como un lavado de ropa sucia, es decir, no tenemos miedo a afrontar las tentaciones porque en ellas, en esa batalla de la conversión, el Señor está

poco a poco purificando nuestra vida. Dice San Agustín con respecto a esa batalla por la conversión: «Nadie se conoce a sí mismo si no es tentado, ni puede ser coronado si no ha vencido, ni vencer si no ha combatido, ni combatir si carece de enemigo y de tentaciones». Por lo tanto, no le tengamos miedo ni al tentador ni a sus tentaciones, porque Dios también se sirve de ellos, de esas tentaciones y del propio enemigo, como un instrumento de purificación de nuestra vida. La conclusión es: o conversión o decadencia. Ojalá tengamos un espíritu combativo y nos demos cuenta de que el Señor nos quiere en permanente estado de conversión.

Las verdaderas conversiones siempre son apostólicas. Permitidme que os diga esto. Alguno dirá: «Bueno, pero ¿yo no debería primero dedicarme a la conversión y dejar para un segundo momento el apostolado? ¿No es primero convertirse y luego hacer apostolado?». No, ni mucho menos. El Señor nos quiere apóstoles suyos y en el propio apostolado acontece también nuestra propia conversión. Es una paradoja que el Señor nos elija como instrumentos para llegar a los demás cuando todavía nos falta conversión. Es una paradoja, pero es así. El Señor no quiere que la predicación de la Iglesia salga, brote de corazones que se creen ya convertidos. La primera característica que tiene que tener un apóstol de la Iglesia es saber que él es el primero que necesita conversión. Así que, si quien os dirige esta palabra no tuviese la plena convicción de que el primer necesitado de conversión soy yo, pues no estaría en disposición de poder dirigiros esta palabra. La conversión y el apostolado, por lo tanto, no solo son compatibles, sino que se necesitan el uno al otro, porque la conversión apunta a la disponibilidad para servir a los demás. Convertirse es también olvidarse de nosotros mismos. Convertirse es entregarse, es saber que no nos poseemos en propiedad. Yo soy yo, pero no soy mío. Lo repito: yo soy yo, pero no soy mío, no me poseo en propiedad. Dios me ha dado a luz para la vida del mundo y el Señor quiere que cada uno de nosotros recibamos el llamado a la conversión para que seamos plenamente disponibles al servicio de la salvación del mundo. Id por todo el mundo y predicad la conversión. Ojalá el Señor nos permita redescubrir la conversión, hacer de esta llamada a la conversión la llamada de la esperanza. El que tiene esperanza es precisamente porque ha entendido que la conversión es posible; la desesperanza es aquella que no ha descubierto la posibilidad de la conversión.

Queridos hermanos, os deseo la gracia de Cristo, os deseo la apertura a la conversión y os deseo también que podáis ser instrumento de conversión los unos para los otros.